

La fotografía

A Ramón Natera, infinito.

Seguro que atraparía por fin el gesto revelador, la expresión que todo lo resume, la vida que el movimiento acompasa...

Julio Cortázar, *Las babas del diablo*.

La encuentro por casualidad entre las páginas centrales de un tomo del *Reader's Digest* de los que mi padre mandaba encuadernar puntualmente con los números de cada año vencido; entre mis manos el de 1959, lomo verde y olor a rancio. Está escondida entre las páginas de una sección titulada suntuosamente *La risa: remedio infalible* con su encadenado de chistes cortos, a la izquierda, y un anuncio de desvaídos colores con el dibujo de un hombre que posa orgullosamente sobre una leyenda en gótica de la colonia *Cesar Imperator*, a la derecha. Es una fotografía pequeña, de unos quince por diez centímetros, que no quiere conquistar los bordes del tomo sino que se agazapa cobarde en el centro de la página, bien pegado a la costura. Al extraerla de su escondite, observo que carece del borde de sierra tan usado en otra época – un corte recto y torpe lo sustituye- y que tiene un reverso diáfano que una vez tuvo que ser blanco inmaculado y hoy está velado por las brumas ambarinas del tiempo. En este lienzo vacío apenas se distingue en la esquina inferior izquierda una escritura a lápiz, leve y minúscula, con signos que mirados distraídamente podrían parecer de caligrafía japonesa y que tras una vista más audaz se convierten en una fecha: Noviembre, 1962.

Al volverla, veo la imagen repentina y brutal; es la instantánea de un asesinato.

Los blancos, negros y grises han resistido inmaculados el ataque de los años. Hay nitidez en la composición, nada es escondido; se diría que persiste sin diluirse todo el horror que el fotógrafo quiere reflejar. Sin concesiones. Sin disimulo. El encuadre recoge un plano medio de una calle desde la posición del autor hasta unos cinco o seis metros hacia el fondo, una calle estrecha con un adoquinado abrupto, oscuro, humedecido por alguna lluvia reciente que le deja una pátina como de pulimento, cercada por una acera exigua que enseguida se corta en la perpendicularidad de unos muros recios, paredes de algo que podría ser una

vivienda, con una base de piedra vieja luego convertida en un muro encalado que, a la luz del flash, brilla como nácar. Por su aspecto, la familiaridad con que percibo la serie de paredes y puertas que se suceden a ambos márgenes, sus tonalidades cambiantes y caprichosas y por el detalle de ese viejo cañón de barco convertido en esquinero que se puede adivinar en el extremo superior izquierdo de la foto, puedo intuir –lo hace mi pensamiento sin el concurso de disciplina alguna- que se trata de una calle de Cádiz, mi ciudad, la ciudad de mi familia y de mis antepasados.

Parece que puede ser de noche, pero no una noche cerrada sino quizá un amanecer; el encuadre no llega a enseñar un cielo que debiera estar sobre la escena; acaso son las luces de la composición, en la que se ensamblan lo natural y lo añadido, las que me sugieren una hora que todavía no se puede calificar de temprana. Ha llovido, eso es seguro, y las ropas del hombre con sombrero se vistieron para aguantar el frío.

En la fotografía hay tres personas: la mujer muerta, el hombre del sombrero y el medio hombre de traje claro. La mujer ocupa el primer plano de profundidad; está a tan solo unos metros del fotógrafo y es el objeto que da sentido a la instantánea, su relato principal. La foto ha sido tomada *por ella*, ella es la protagonista involuntaria, su cuerpo inerte en medio de la calle, bien enfocado sobre el pavimento húmedo. Un cuerpo que está tumbado boca abajo con una quietud que va más allá de las limitaciones de la representación; es una quietud que se intuye perdurable en el tiempo, que fue tal desde antes de la foto y seguramente siguió siéndolo hasta un tiempo después. Es una mujer rubia; el blanco y negro me impide la precisión pero afirmaré que tiene el pelo casi blanco, con un tono que no es el común para las mujeres del lugar que ya tomo como definitivo, un color que aquí solo podrían tener en 1962 una extranjera o una prostituta. Su melena está desordenada y se esparce como un pequeño manto sobre la espalda y parte del suelo, tapando parcialmente su rostro. Un ojo muy abierto –un intento patético de que lo último que vio sea reflejado para alguien que lo pueda contar, acaso un último testigo que, ahora sí, la compadezca-, un ala de su nariz y unos labios de carmín son todo lo que nos muestra. Es bella, aunque la sorpresa y la última decepción le quieran robar la pureza que un instante previo seguro poseía. El resto de su cuerpo es un penoso epílogo de su tragedia: de una ceñida blusa de algodón de color crema escapan unos brazos torpes que no supieron dónde colocarse en la caída. Hay un reguero de sangre que surge a la altura de su vientre. Su trasero embutido en una falda de tubo hace un último servicio a las miradas probables, y sus largas piernas, vestidas con medias de costura trasera, se separan en uve hasta finalizar en los zapatos de tacón, uno calzado y clavando su puntera en el empedrado y el otro a unos centímetros de su pie huérfano, subrayando la vileza de este

final. Un pequeño bolso forma una isla a unos palmos de este cuerpo y ahora creo saber con seguridad a qué se dedica la mujer y me vienen vagamente a la memoria los rumores apagados que de pequeño oía en nuestro barrio sobre las misteriosas historias de los asesinatos de varias putas en las calles cercanas al muelle, unos años atrás. Había mujeres, puñales y policías en aquellas historias que nos aterrorizaban. Jamás hubo un culpable.

A unos metros de ella, de pié, está el hombre del sombrero. Por el aspecto podría ser un sereno de la época o algún empleado municipal de baja categoría, pues viste un uniforme sin prestancia: gorra azul de tela y visera corta, camión de pintor a finas rayas, pantalón arremangado por los bajos y alpargatas de lazo. Es un hombre mayor o quizá está avejentado, con sus brazos en jarra y mirando a la mujer muerta con cierta desgana y una mueca en su cara que más que de horror o sorpresa es de fastidio, como anticipándose a una segura jornada de incómoda limpieza o de papeleo que rellenar.

El otro hombre ocupa la esquina superior derecha de la fotografía, aunque solo se recoge la mitad de su figura, hasta la cintura. La primera impresión es de un hombre poderoso; viste una chaqueta de rayas diplomáticas de la que observamos a penas su panel inferior, un pantalón claro que conserva la línea de un reciente planchado y unos zapatos en dos tonos, café y blanco, con sus dibujos sinuosos de elegante troquelado, lustrosos y bien anudados. La sombra que proyecta una farola sobre el adoquinado amplifica su importancia. La presencia de este caballero distinguido en la instantánea me parece desde un primer momento fuera de lugar, al margen de la podredumbre del conjunto, y en cierto modo un contrapunto impropio en la escena de un asesinato de arrabal. Pienso en un juez de guardia que se ha personado para el levantamiento del cadáver, pero tanta elegancia en el funcionario me desconcierta. Quizá es el chulo de la mujer y ahora contempla el cuerpo evaluando con desgana las pérdidas que supondrá para el negocio. O pienso, llevado ahora sí por la fantasía que la imagen me despierta, que bien pudiera ser el asesino, el ejecutor de la chica rubia o quizá tan sólo el que ha encargado este trabajo y se presenta en el lugar para asegurarse del botín cobrado. Lo cierto es que no es, desde luego, como el hombrecillo del sombrero quien claramente está en el lugar de convidado del azar, empujado hacia el centro de una foto que no le pertenece, de la que es sólo un figurante casual y reemplazable. Este otro hombre, en cambio, juega un papel relevante en la tragedia: la postura rígida y distinguida de sus pies y el indudable desencaje social de su presencia le diferencian de los otros dos protagonistas, que se me antojan ahora los condenados de la historia: la una, al silencio perpetuo, el otro, a triste mulero en el encierro. Y me pregunto entonces quién será el hombre poderoso de los zapatos brillantes,

qué cruzó su vida con el destino de la pobre mujer, si la conocía bien o tal vez solo –¡qué triste posibilidad!- se encarnó como su ángel de la muerte.

Y me pregunto también qué hace esta sucia instantánea entre las hojas de un libro cualquiera de la biblioteca de mi padre, cómo llegó hasta aquí –a una casa decente-, porqué se guardó. Cómo un hombre serio e instruido como él, de moral y rectitud tan férreas, podría querer conservar la foto de una infamia semejante.

Me pregunto demasiadas cosas que ahora prefiero que nunca sean respondidas. Nadie lo hará, al fin, pues todos los protagonistas han desaparecido ya del encuadre y mi padre hace años que se marchó de este mundo discreto y callado, como siempre fue en vida. Todos son polvo de humo de una historia que ocurrió un día, entre la luz y la penumbra, pero que nunca más ocurrió. Y acaso eso es siempre una fotografía; un enigma. Es sólo un instante secreto robado al tiempo. Su premisa tiene la consistencia de lo real (la humedad de la calle, un zapato de tacón, la sombra de un hombre que solo es sombra) pero jamás transmutará en la verdad, ni siquiera en una pequeña verdad que confirme o desmienta mis presentimientos, pues una imagen en un papel no puede saber de la carne o de la muerte. Una fotografía es tan solo eso: una mancha de silencio.